

CARA A CARA.

PICASSO Y LOS MAESTROS ANTIGUOS

Michael FitzGerald

Esta exposición ofrece a los visitantes la excepcional oportunidad de conocer de primera mano grandes obras de Pablo Picasso y contemplarlas junto a algunas de las obras maestras de la pintura de los Grandes Maestros pertenecientes a la colección del Museo de Bellas Artes de Sevilla. Los visitantes podrán juzgar por sí mismos la importancia fundamental de la relación de Picasso con el pasado: cómo el arte de los grandes maestros de la pintura mereció su admiración y, al mismo tiempo, despertó su ambición de superar a sus predecesores. Al yuxtaponer obras de Picasso con las de El Greco, Zurbarán y otros cinco artistas, los espectadores podrán observar hasta qué punto valoraba Picasso la tradición de los grandes maestros españoles y apreciar el importante papel que las pinturas de estos desempeñaron en la invención de las rupturas radicales con la tradición que definen el modernismo del siglo XX. Tal y como proclamara el propio Picasso: «El cubismo tiene origen español, y yo fui su inventor». A medida que se aproxima el 50º aniversario de su fallecimiento en 1973, resulta esencial entender el lugar que ocupa en el arte español.

Además, la historia nos proporciona un importante precedente de la inusual estructura de *CARA A CARA. PICASSO Y LOS MAESTROS ANTIGUOS*: cuando, en 1947, Picasso donó diez pinturas al Musée d'Art Moderne de París, el director de los museos nacionales franceses le brindó la excepcional oportunidad de ver sus pinturas expuestas junto a las pinturas del Louvre. Con todas las obras del Louvre a su disposición, Picasso contestó: «Antes que nadie, con las de Zurbarán». Esta exposición recreará esa experiencia para los visitantes de hoy.

Nacido en Málaga en 1881, Picasso conoció a los grandes maestros españoles a través de su temprana formación con su padre, el artista y profesor José Ruiz Blasco, quien inculcó a su hijo el respeto por los logros de los pintores del Siglo de Oro de Sevilla y de Andalucía. Durante los meses que pasó en Madrid en 1897, Picasso profundizó en su conocimiento de los grandes maestros estudiando las obras del Prado. Al final de su carrera, respondería directamente a sus predecesores pintando una serie de obras de gran formato inspirados en *Las Meninas* de Velázquez. No cabe duda de que Picasso se sintió profundamente inspirado por los grandes maestros españoles a lo largo de su dilatada carrera.

Aunque vivió la mayor parte de su vida en Francia, Picasso siempre proclamó su identidad española, y su devoción por los grandes maestros de este país desempeñó un papel fundamental para mantener sus lazos con la cultura española. De hecho, la extraordinaria diversidad de los logros de estos maestros proporcionó a Picasso una serie de modelos originales que le impulsaron tanto a emular como a transformar la tradición.

Los grandes maestros españoles del Siglo de Oro respondieron a las tradiciones clásicas de la Antigua Grecia y Roma de formas muy distintas a las de sus contemporáneos de Italia o Francia. Un eminente estudioso del arte español, Jonathan Brown, ha definido esta diferencia acuñando el término «contraclásico» para describir la libertad de los artistas españoles respecto de las ataduras de la tradición clásica. A diferencia de numerosos artistas europeos del Renacimiento y el Barroco, los pintores de España adoptaron un abanico más amplio de modelos que los que les ofrecían la Antigua Grecia o Roma. Así pues, mostraron una considerable independencia al abrazar estilos que los puristas habían excluido del canon clásico.

Esa apertura a tradiciones estéticas alternativas era, en muchos sentidos, un reflejo de la formidable extensión territorial del Imperio Español. Artistas y obras de los Países Bajos nutrían las colecciones españolas, introduciendo las ideas de la pintura medieval de los países del norte, así como la perspectiva y la proporción renacentistas. En el otro extremo, el control español del Reino de Nápoles le daba acceso al nuevo realismo de Caravaggio y sus seguidores. Ese eclecticismo estético preparó a los mecenas españoles para aceptar las radicales innovaciones de El Greco.

PICASSO Y LOS GRANDES MAESTROS

La excepcional selección de la colección del Museo de Bellas Artes de Sevilla permite a los visitantes conocer cómo empleó Picasso tres de los temas fundacionales de la pintura de los grandes maestros españoles que habrían de definir su propio arte en el siglo XX: el realismo, el artificio y el "gran estilo" (*grande manière*). Esos tres temas no solo muestran el arraigo de Picasso en la tradición española, sino que, además, sintetizan la enorme variedad del arte español.

Tendiendo un puente entre el idealismo del arte renacentista y el naturalismo, el teórico y pintor Francisco Pacheco ofreció a Picasso un paradigmático ejemplo del profundo compromiso de los artistas españoles con la cruda materialidad de la vida y la imaginación pictórica que creó tan vívidas imágenes. Pacheco, pintor decidido a elevar el estatus social e intelectual de los artistas por encima del de los simples artesanos, empleó su habilidad en la creación de retratos, tales como *Retrato de dama y caballero orantes* (Ca. 1623), captando tanto la austera vestimenta como los rostros ajados de la reverente pareja. A lo largo de su carrera, Picasso reivindicó la vestimenta característica de la España del siglo XVII, envolviendo incluso a su futura esposa, la bailarina rusa Olga Khokhlova, con una improvisada mantilla en 1917. En su obra tardía, se inspiró en el realismo de retratos como los de Pacheco para plasmar su propia visión del deterioro físico y la fealdad. En *Cabeza de hombre* (1970), Picasso agudiza la precisión lineal típica de Pacheco para crear una imagen que capta tanto la brutal tosquedad de esta cabeza como la fértil imaginación que hace posible la imagen.

Cuando Picasso afirmó: «El arte es una mentira que nos acerca a la verdad, al menos a la verdad que nos es dado comprender», se hacía eco de las ideas de sus predecesores españoles. De hecho, habló específicamente de los retratos de Felipe IV realizados por Velázquez, diciendo que «creemos en el de Velázquez porque nos convence con su fuerza superior». Aquí apreciamos todo el artificio del "gran estilo", tal y como se muestra en la obra de Bernardo Lorente Germán *Retrato del infante don Felipe* (1729-1735). La fascinación de Picasso por esa tradición se prolongó durante toda su carrera hasta convertirse en una inspiración omnipresente en su última época. Unos años antes de su muerte, Picasso pintó un impresionante *Busto de hombre* (1970), que resucita, a la par que destrona, esa tradición retratista. Su pintura conserva el imponente porte de esas figuras y la lujosa paleta de colores y texturas que reafirman el estatus del modelo. Sin embargo, los fluidos trazos de Picasso omiten detalles de las facciones o la indumentaria del personaje en pro de una evocadora presencia realzada por las luminosas pinceladas rojas que circundan su ojo derecho. Picasso reaviva con brío la tradición, a la vez que la transforma por completo para las postrimerías del siglo XX.

Los dos vínculos más duraderos de Picasso con los grandes maestros españoles fueron con el arte de Velázquez y El Greco. La influencia de Velázquez se aprecia principalmente muy al comienzo y al final de su carrera, pero El Greco continuó siendo motivo de inspiración durante muchas décadas y constituye la manifestación más clara del arraigo de Picasso en los grandes

maestros. Su obsesión por El Greco durante los últimos años del siglo XIX resulta patente en las delgadas y atenuadas figuras que pueblan sus cuadernos de bocetos y la inscripción en una de sus páginas: «Yo, el Greco». Llegó incluso a afirmar que «la estructura de El Greco es cubista», proclamándolo padre de tan innovador movimiento.

El retrato que El Greco hiciera de su hijo Jorge Manuel (Ca. 1600-1605) es uno de los tesoros del Museo de Bellas Artes de Sevilla. Y también fue una de las mayores fuentes de inspiración para Picasso. En 1950, hizo una de sus escasas menciones de su fuente concreta al pintar su propia versión del retrato en un estilo cubista que homenajea, a la vez que se mofa de la obra maestra de El Greco. Veinte años más tarde, volvería sobre el cuadro con una nueva variación. Si bien ya no es, estrictamente, un retrato de Jorge Manuel, *Busto de hombre* (1970), conserva la elegancia del retrato de El Greco, al tiempo que eleva la categoría del modelo al reemplazar la paleta y los pinceles por una espada. No obstante, Picasso también rinde tributo a El Greco como fuente de inspiración del cubismo. La cabeza alargada del hijo de El Greco se torna aún más alargada, y el artificio de la concepción de El Greco se hace evidente en la exageración por parte de Picasso del juego de perfiles y miradas. Esos recursos pictóricos, apenas insinuados en la sutil composición de El Greco, se tornan elementos esenciales del cubismo de Picasso.

El diálogo de Picasso con El Greco abarca todo el espectro de su permanente obsesión con los grandes maestros españoles y muestra la importancia capital de esos maestros en el desarrollo de su revolucionario arte.

Michael FitzGerald es profesor de arte moderno y contemporáneo en el Trinity College de Hartford, Connecticut, y director del programa de investigación sobre Pablo Picasso iniciado por Fundación Almine Bernard-Picasso para el Arte (FABA).